

HOY

DIARIO DE EXTREMADURA

Edita Corporación de Medios de Extremadura, S.A.

Director General: Jesús Servalo González Sánchez

Director: Teresiano Rodríguez Núñez

Subdirector: Manuel García Carmona. Redactores Jefes: Manuel López García (Badajoz), Juan Domingo Fernández (Cáceres), J. Joaquín Rodríguez Lara (Edición). Delegaciones: José López Aroca (Mérida), y Antonio Sánchez Ocaña (Plasencia).

Gerente: Jesús Muñoz Morán

Director Comercial: Francisco González Zurrón. Director Financiero: Juan F. Torres Carbajal. Jefe de Producción: Juan J. Santiago Molina. Publicidad: Waldo Fernández Leal. Circulación: Guillermo Fernández Fernández. Administración: Angel Royano Vera.

Depósito Legal: BA-3-1958.

Difusión controlada por

EDITORIALES

La hazaña del C. P. Mérida

La crónica del partido jugado ayer por el C.P. Mérida frente al Eibar no será una crónica más: pasará a convertirse en una página histórica; y no por el fútbol exhibido, que no fue ni podía ser brillante, sino por la victoria lograda, que suponía el ascenso automático del Club emeritense a la Primera División del Fútbol Nacional. El hecho constituye una auténtica hazaña, porque si ya es difícil llevar un equipo a la primera división, el hecho se torna más meritorio si el equipo representa a una ciudad de poco más de cincuenta mil habitantes, como es el caso de Mérida.

Es comprensible por lo tanto la alegría y el entusiasmo desbordado de los emeritenses, sean o no aficionados al fútbol, porque el éxito del equipo tiene que ser motivo de orgullo para todos. Y no sólo para los emeritenses: también para el resto de Extremadura, que por primera vez en su historia deportiva consigue tener un equipo en la máxima categoría del fútbol español.

Estamos seguros que hoy la satisfacción es casi general. Y decimos casi, porque forzosamente habrá alguna excepción: la de aquellos pocos de mentalidad estrecha, que coloquen el localismo por encima de cualquier otra consideración; o la de quienes piensan que los verdaderos problemas de una ciudad o una región no se solucionan con éxitos deportivos. Sin embargo, la ilusión, el coraje, la satisfacción por un éxito como el logrado por el Mérida al ascender a Primera División, pueden motivar a estimular a un pueblo, a una sociedad para poner mayor empeño en la solución de todos los problemas. Mérida, su equipo y la directiva del mismo merecen hoy la felicitación sincera de los extremeños, la misma que queremos hacerles llegar desde aquí, con el deseo de que siga cosechando éxitos.

Su turno

Los españoles nos enfrentamos hoy a unas elecciones, de las que saldrán los representantes de trece comunidades autónomas y de miles de municipios. La campaña electoral ha sido atípica y no precisamente modélica: más que hablar de los problemas de las regiones, de los pueblos y de las ciudades, se han debatido los grandes temas nacionales, como si de unas elecciones generales se tratara; en vez de ser los aspirantes a presidentes de comunidades o a las alcaldías los que protagonizaran los mítines en sus respectivas regiones o municipios, han sido los políticos nacionales los que han acaparado la atención de los medios informativos; en lugar de ilustrarnos sobre los problemas que nos preocupan y las soluciones que propugnan, se han atacado y descalificado unos a otros. Se podrán hacer matizaciones, pero

Pero hoy la situación es distinta. Ha concluido la campaña, es la hora de que callen los políticos y hablen —aunque sólo sea una vez en cuatro años— los electores. Los que están satisfechos con la tarea realizada en los últimos cuatro años o esperan que puedan mejorar la gestión, subsanar fallos, completar programas emprendidos...es su turno. Quienes critican lo hecho, el modo de realizarlo o lo que se ha dejado de hacer, y entienden que otro equipo puede ser más eficaz...es su turno. Se ofrecen hoy ante los electores equipos diversos de partidos distintos, con programas también diferentes. Es el momento de que cada uno ejerza su derecho a elegir responsablemente.

Lejos de nuestro ánimo cualquier intención de infundir mínimamente en el ánimo de los electores para que se pronuncien en un sentido o en otro. Si el acto de votar libremente es uno de los actos esenciales de la democracia, el respeto a los votantes y la aceptación respetuosa de los resultados es otro. Los extremeños, como el resto de los españoles, estamos hoy llamados a pronunciarnos. Hagámoslo libre y responsablemente.

La campana de ETA

ERNEST LLUCH

FELIX Martí, delegado de la Unesco en Cataluña y moderador en la Conferencia de Paz organizada en Bilbao por Elkarri, anda preocupado porque "hay que reflexionar sobre las causas de la violencia" en el País Vasco. Es cierto que hay que reflexionar sobre estas causas, pero la bibliografía sobre ETA ahorra ya mucha investigación y obliga casi exclusivamente a leer y a pensar. Naturalmente habrá causas y, tal como afirma Félix Martí, detrás de cada conflicto "siempre hay una injusticia". Mas el problema es que, en una democracia, los conflictos se resuelven sin matar a nadie y encuentran así solución en la libertad y en la tolerancia. Si toda injusticia justificase la violencia, la sociedad sería una selva. Si la consecuencia es la violencia, solamente se agrava la causa. Y la principal causa es lo que llamaría la "campana de ETA": la larga relación de muertos ocasionados básicamente por ETA, cuya gráfica tiene forma de campana (Arranca en 1968, alcanza su punto más elevado entre 1978-1981, con casi un centenar de asesinatos anuales, y va decreciendo a partir de entonces hasta las 13 víctimas registradas el año pasado). Difícil es introducir la justicia mientras las armas actúen, a menos que no se estén defendiendo posiciones que carecen de respaldo mayoritario.

¿A quién se pide que deje las armas? ¿A una organización potente o a una organización declinante? Estos interrogantes adicionales hay que pedirlos con independencia, y al mismo tiempo con dependencia, del hecho de que una muerte es demasiada muerte. Sea quien sea quien mate y quien asesine. Dado que la persona humana es la medida de todas las cosas, cualquier muerto es excesivo. Sea de un color o sea de otro. Por eso mismo, cuando en algunos casos se habla con cierta delectación de abandonar las armas, hay que dejar claro que se está hablando de una organización declinante, afortunadamente a la baja, y la primera y más mortífera, con mucho, en el pasado y en el presente.

Quien vea la campana estadística de los muertos por ETA verá que, en toda la primera fase de esta organización, en vida de Franco, el número de muertos fue realmente muy reducido. Fueron asesinatos

escasos y muy seleccionados, aunque alguno tan doloroso como el de una niña de pocos meses en el lejano 1960. La etapa mortífera de ETA no llega hasta el año 1973. Antes se trataba más bien de una organización radical, tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista nacionalista, pero sin que la lucha armada fuera su principal característica. Ello no es óbice para insistir en que solamente jugar con una vida humana es ya un hecho sobranter, pero ello no significa que debamos olvidar que hasta la enfermedad del general Francisco Franco la actividad mortífera de ETA fue realmente muy reducida. Además, muchos de los militantes de ETA en aquel período no tenían la idea de que pertenecían a un movimiento fundamentalmente armado, porque no lo era.

La campana empieza a ascender en 1973 y tiene su punto álgido no en la lucha contra la dictadura, sino en la lucha contra el asentamiento democrático: sea éste, primero, la Constitución española, sea después el Estatuto vasco. Los años 1978, 1979 y 1980 fueron los "años de hierro". A partir de entonces la campana empezó a disminuir; al principio, con gran celeridad, y después con altibajos pero con un declinar absolutamente nítido. No hay que olvidar que 1992 fue una oportunidad, la última, para poner "de rodillas" al Estado a cambio de evitar un escándalo internacional debido a la celebración de tres acontecimientos irrepetibles: la Conferencia de Paz de Oriente Medio, los Juegos Olímpicos y la Exposición Internacional. Desde entonces, y es lógico, la esperanza de los violentos de negociar de igual a igual se ha esfumado prácticamente. En 1994 se alcanzaron por primera vez cifras más bajas que las que se habían registrado en las dos décadas anteriores, lo que, junto con otros factores, confirman que el declive de ETA tiene pocas salidas. La reciente "grapización" en orígenes sociales y la apertura de nuevos "frentes" de lucha hablan por sí solas.

Es desde esta perspectiva desde la que los demócratas podrán poner de relieve, aún con mayor fuerza, la inutilidad de continuar en esta lucha. Se trata de un fenómeno declinante por diversas razones. La primera es que aquellas zonas interiores que habían sido viveros de

ETA están en una situación industrial poco afortunada, lo que, como acaba de demostrar un reciente estudio de la Diputación Foral de Guipúzcoa, han originado una auténtica huida hacia la costa. Ha sido un cambio tan fuerte que ha hecho que el equilibrio tradicional de la sociedad guipuzcoana se haya roto. El reconocimiento y la enseñanza de la lengua vasca, así como el asentamiento de las virtudes democráticas y la educación en general son también factores que hacen que este declinar sea explicable e irreversible. La suma de las autodeterminaciones personales expresadas en todos y cada uno de los procesos electorales muestran el camino libremente elegido, y éste no es el de ETA, ni siquiera el de HB.

Menos explicable es la opinión de algunas personas a quienes les parece que hay que forzar la llegada de la paz sin reconocer la actual situación de ETA. ¿Les produce pesar su desvanecimiento sangriento, pero desvanecimiento al fin? Juan María Ollora puede ser mal comprendido, lo que lamentaría. Hablar de cifras es evidentemente algo siniestro, pero son cifras que todos conocemos, aunque a veces algunos olvidan. En cualquier otra situación seríamos igualmente partidarios de la paz, de la democracia y de la tolerancia, pero habría que preguntar a ETA y a quienes la apoyan si no estamos ya en una situación histórica en la cual es inútil, incluso desde su punto de vista, ir arrasando algunas vidas cuando su fortaleza es ya declinante. Solamente desde esta perspectiva de confianza en los valores democráticos y de creciente declinar de quienes utilizan la violencia es como el encuentro de la paz se puede acelerar.

A algunos, desde fuera de ETA y desde un nacionalismo confuso —por lo tanto, no desde el nacionalismo democrático— parece que les cuesta reconocer esta decadencia. Hay que reconocerla para que los vascos demócratas —nacionalistas, autonomistas o españolistas— afronten el final del terrorismo con la máxima seguridad en sí mismos. Así, la búsqueda y los acuerdos para llegar a la paz serán más seguros y más sencillos.

Ernest Lluch es economista y rector de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo.

X I M



HOY